

SAL DE TU TIERRA

La inmigración en España



«La dureza de corazón del fariseísmo internacional, traducida en sentimientos públicos y en textos legislativos, y cubierta de razones engañosas. La rapacidad de los especuladores, dispuestos a explotar cada miseria humana. Las taras de una administración ignorante, rutinaria, tabicada y dando largas. La misma mezcla de formalismo impotente y de hipocresía sentimental en las instituciones internacionales. El individualismo desordenado de las buenas voluntades. La brutalidad policial. Las servidumbres de una demografía declinante. La estupidez y la incompetencia apoderándose de los problemas en el lugar mismo del interés nacional. *Y este mal más secreto: el hundimiento general de un sentido del prójimo*, que podría parecer una adquisición definitiva de las civilizaciones de herencia cristiana» (el subrayado es nuestro).

No falta ni sobra nada en este texto para que sea una descripción exacta y una valoración justa del problema de la emigración. Ni deja de ser actual, habiendo sido escrito en Francia, por E. Mounier, en julio de 1939, para presentar un número de la revista *Esprit* dedicado a «La emigración, problema revolucionario» (Cf. *Mounier en Esprit*. Caparrós Editores. Madrid, 1997).

Sesenta años después no ha habido revolución: peor para nosotros y mucho peor para los inmigrantes. Peor para todos porque la humanidad seguirá siendo una abstracción.

El problema de la inmigración se va transformando en la enfermedad neurótica de Europa en general y de España en particular: reiteración inacabable de miedos y fobias sin fundamento real, decir inmigración es decir invasión y apropiación. Para la Europa aferrada a su riqueza, el inmigrante es extraño y peligroso, no está llamado a compartirla y amenaza desposeerla.

El inmigrante es el bárbaro. Ni las civilizaciones más refinadas han sabido mirarlo de otro modo. En la Grecia clásica el extranjero sólo tenía un papel económico, mientras el griego era ciudadano y se dedicaba a las nobles tareas de la Polis, a la política. En más de veinte siglos no hemos avanzado gran cosa, el inmigrante sigue

teniendo un papel económico, no se le deja ejercer como ciudadano en plenitud, no participa en la política, más bien la sufre, sobre todo en su vertiente laboral y de orden público.

Pero hay otra mirada posible que tiene su tradición. La historia de Israel y su fe fragua a la voz de «sal de tu tierra», se templea en una tierra extraña y en un desierto de nadie, y se verifica ante el rostro del extranjero, del huérfano y de la viuda. La doctrina bíblica contempla al extranjero como testigo de cargo contra la falsa religiosidad y, por tanto, contra la inhumanidad.

Es la propia ley religiosa de Israel la que hace al extranjero sujeto de derechos, la que crea un lugar económico para el extranjero, pero no como trabajador, sino como consumidor. Es la economía la que tiene que servir al extranjero, no el extranjero a la economía, que tendrá que ser practicada de modo que cubra sus necesidades (mies) y le alegre la vida (vid. frutas): «Cuando cosechéis la mies de vuestra tierra, no siegues hasta el borde de tu campo, ni espigues los restos de tu mies. Tampoco harás rebusco de tu viña, ni recogerás de tu huerto los frutos caídos; *los dejarás para el pobre y el forastero*. Yo, Yahveh, vuestro Dios» (Lev. 19, 9-10).

Así pues, no se trata de llamar a los extranjeros pobres a ocupar los nichos laborales que los nacionales no cubren. Se trata de hacer sitio para quien lo necesita, de crear condiciones económicas y políticas para recibir inmigrantes. Puesto que existe un abismo de desigualdad que escinde a la humanidad, la inmigración es un mal menor que puede paliar en alguna medida la falta de soluciones revolucionarias a nivel mundial.

Problema humano –personal y político–, la emigración sólo tiene solución revolucionaria, lo demás son cataplasmas, incluyendo políticas de puertas abiertas. Mientras tanto, cabe romper con nuestras complicidades y aproximar nuestra mirada hacia el inmigrante –«*fui extranjero y me acogisteis*» (Mt. 25, 35)–, con la conciencia de que es un «*problema-testigo, cuya salida será la señal de nuestra curación o la confirmación de nuestra decadencia*» (E. Mounier).